

Mirando a la Torre de Babel en llamas: La guerra de Secesión estadounidense en las letras de Simón Camacho*

Jessica Pamela Guillén Araque**

Resumen:

La figura del viajero ha existido y prevalecido a lo largo de los siglos con particularidades de acuerdo al tiempo, espacio e imaginario del peregrino. Simón Camacho, en el presente caso, fue un venezolano del siglo XIX que se desarrolló por territorio estadounidense, dejando a la posteridad sus impresiones acerca de lo observado y vivido entre los años 1856 y 1864. Así pues, lo hilado a continuación, parte de la percepción que de la Guerra de Secesión estadounidense tuvo este escritor, una visión en la que se reflejan detalles de una beligerancia que no solo comprendió la confrontación en términos estrictamente militares, sino una lucha que trascendió los límites inclusive de lo cotidiano. La guerra en la pluma de este escritor se traduce entonces, en una paleta con múltiples matices y significaciones.

Palabras clave: Simón Camacho, Viajero, Estados Unidos, Guerra.

Abstract:

The traveler Figure has existed and prevailed throughout the centuries according to the particularities of time, space and imaginary pilgrim. Simon Camacho, in this case, was a Venezuelan nineteenth century unfolded on American soil, leaving to posterity their impressions of the observed and lived between 1856 and 1864. Thus the yarn then part of the perception of the American Civil War had this writer, a view reflected in the details of a belligerent who not only understood the confrontation in strictly military terms, but a struggle that transcended the limits of even the everyday. The war in the pen of this writer is then translated in a palette with multiple nuances and meanings.

Key words: Simon Camacho, Traveler, USA, War.

* Este artículo fue terminado en noviembre de 2013. Entregado para su evaluación en febrero de 2014 y aprobado para su publicación en marzo de 2014.

** Licenciada Cum Laude en Historia, Universidad de Los Andes, Mérida- Venezuela. Email: jessicaula25@hotmail.com.

1. Introducción

A menudo pudiéramos imaginar que en los procesos bélicos internos, toda una nación sucumbe a las trincheras, huidas u ocultamientos para salvaguardar las vidas, de modo que todo queda allí, en esa confrontación que absorbe el espacio-tiempo de todos los actores de un país determinado. La *vieja historia* lo reflejaba así, nos informaba sobre las hazañas de los héroes y embestidas de las posiciones enemigas, la gesta y discursos que forjaron el sentir de una época, la política de los bandos y los desenlaces plasmados para siempre en símbolos patrios unificadores de naciones; sin embargo, lo que nunca nos mostró fue que una guerra no se reduce exclusivamente a embates de lanzas, espadas y discursos épicos, pues en esos momentos se desarrollaban paralelamente actividades cotidianas que hacían que al menos una parte de la población siguiera con una vida. Guerra y vida van de la mano, pues mientras unos fenecen en el campo otros siguen la guerra desde casa. Así nos lo muestra Simón Camacho, escritor venezolano quien en sus días en suelo estadounidense se deslizó por las moradas y calles de un país en el preludio del proceso y durante una guerra definitiva para su destino, y nos dejó una muestra de las imágenes que nacían y perecían a cada instante.

Así, el presente artículo busca aproximarnos a esa realidad cotidiana en tiempos de guerra de los Estados Unidos —*la torre de Babel*— en el decir de Camacho-, a través de sus escritos, textos en los que la mirada del viajero nos acerca al sentir y hacer de la sociedad norteamericana en los difíciles años sesenta del siglo XIX; tal aproximación es el resultado de una investigación más amplia acerca de viajeros venezolanos por los Estados Unidos en el Siglo XIX, la cual hemos realizado como Trabajo de Grado para obtener el título de Licenciatura en Historia en la Universidad de Los Andes, Mérida Venezuela.

2. Biografía¹

Simón Camacho Clemente nació el 22 de junio de 1824 en Caracas, ciudad en la que estudió en el Colegio Independencia y

derecho en la Universidad Central de Venezuela. Fue un escritor, intelectual, diplomático y viajero asiduo que tuvo dominio de idiomas como el inglés y francés, con tendencia a escribir artículos con relación al arte, la crónica, la música y el teatro; a lo largo de su vida en Venezuela tendría un papel político activo. Así, se desempeñó como Secretario de la Cámara de diputados hasta su asalto en 1848. La inestabilidad gubernamental producida por el hecho reseñado, lo orilló al exilio en Puerto Rico hasta 1856, año en el que se trasladó a Estados Unidos, país donde se mantendría gracias a su labor intelectual, periodística y a la traducción de libros. Sobre la estancia de Camacho en ese país, Benjamín Frankel, estudioso de las relaciones entre Venezuela y Estados Unidos, ha señalado: “El ministro venezolano había sido ciudadano naturalizado de los Estados Unidos durante muchos años. Durante su prolongada estancia, Camacho desposó a una norteamericana y educó a sus hijos en el Este. Uno de los hijos del ministro era oficial de la Guardia Nacional de Nueva York”.²

Parece pertinente señalar este último elemento si vemos que su relación directa y sentimental con una estadounidense pudo haber intensificado su entendimiento de algunas ideas estadounidenses. Es trascendental también el hecho de su naturalización como norteamericano, elemento que no solo quedó en el papel, sino marcado en las posturas que Camacho asumió en sus letras, en las que, como se verá luego, existe una reiterada conexión con su ser y Estados Unidos, sintiéndose parte de esta nación, hablando desde un *nosotros* cuando describía a los estadounidenses. A pesar de esto, sus raíces venezolanas nunca fueron negadas, de hecho llegó a renunciar a la nacionalidad estadounidense para fungir como representante venezolano en ese país. Estaríamos hablando entonces de un viajero que habló desde dos dimensiones, en primera instancia la del *yo* y los *otros*, es decir, un venezolano frente a una realidad ajena, la norteamericana, metamorfoseándose posteriormente esa diferenciación para convertirse en un *nosotros*, un transeúnte más dentro de la amalgama de ciudadanos de Norteamérica.

Por otra parte, en 1860 fue nombrado Cónsul de Venezuela en Nueva York, responsabilidad que emprendería hasta 1863. Durante la estancia de Camacho en Estados Unidos, que transcurrió entre 1856 y

1863, verían la luz cada una de las notas que en 1864 se conjugarían en el libro *Cosas de los Estados Unidos*³, obra que funge como fuente principal en el presente artículo. Posteriormente se desarrolló dentro de los márgenes políticos, culturales y sociales del Perú, en el que ya tenía residencia su hermano y letrado Juan Vicente Camacho. Allí ambos llegaron a integrarse ampliamente dentro de los círculos sociales limeños, hasta que, producto de la invasión chilena a dicho país, Simón Camacho resolvió regresar a Venezuela, donde fue designado Ministro Plenipotenciario de este país en Washington en 1880. Posteriormente, y aquejado por problemas de salud, Camacho se trasladó a Venezuela, emprendiendo después nuevo viaje a Perú, feneciendo en la ciudad de Lima el 20 de septiembre de 1883.

Cabe añadir que otras publicaciones de Camacho fueron: *Recuerdos de Santa Marta (1844)*, *La vuelta del general J.A. Páez á Venezuela (1858)*, *Cayaurima: Canto Indiano*, *El ferrocarril de Arequipa (1871)*, *A Lima (1877)* y *Los cuentos de mi abuela (1883, póstumo)*.

3. El viaje y su relato

El viaje del venezolano hacía territorio norteamericano, nace de un panorama de conflictos en el país que lo vio nacer e irse de sus perímetros. Estamos entonces ante un umbral que fue cruzado esencialmente por razones políticas como anteriormente lo señalamos; el viajero de estas líneas se abrigó en suelo neoyorkino principalmente, desentrañando los espacios a los que tuvo alcance y dejando sus expresiones para la posterioridad en la que tenemos la oportunidad de estudiarlo. Su estancia en Estados Unidos puede dividirse en dos períodos, el primero y más importante para nuestra investigación fue entre 1856 y 1864, en el que alumbrarían las letras que sirven de fuente al presente análisis, siendo el segundo el trienio 1880-1883 en el que, como dijimos fue representante venezolano en Washington.

Este viajero costumbrista que encaramos, nos ha aportado la línea de sus movimientos, y las ligeras distancias que tuvo de su habitual territorio neoyorquino. Washington (1856; 1858), Filadelfia

(s/f), El Niágara, Lago Ontario y Saratoga (1858); Nueva York (permanentemente entre 1856-1864) son la cobertura que hizo Nazareno del territorio estadounidense a partir del seguimiento que podemos darle a sus travesías.

La organización de esas experiencias y observaciones puede encontrarse en la obra *Cosas de los Estados Unidos*, publicada en el año 1864 por la Imprenta El Porvenir, con el editor J. Durand en Nueva York y bajo la firma de “Nazareno”⁴. El libro está estructurado en cincuenta y dos artículos, que en algunos casos presentan subdivisiones; en ellos, existe toda una paleta de temas que nos llevan desde un Nueva York *Imperial* multicultural hasta los gabinetes en los que se decidía las estrategias en los campos de batalla. Las intenciones del autor a la hora de conformar la obra fueron varias. En primera instancia, consideramos que su requerimiento en publicaciones latinoamericanas pudo haber sido tal que se le abrió un camino para reunir lo hasta ahora ya publicado individualmente; de igual forma destaca poderosamente, que a lo largo de sus escritos, se deja entrever que muchas veces no estuvo en una situación cómoda económicamente, ni aún en los años en los que fungió como cónsul en Nueva York, por lo que no dejó de escribir pues por sus letras recibía remuneraciones que le permitían sobrevivir y mantener a su familia. No obstante, esta situación no disminuye el sustancial aporte que el venezolano imprime en sus líneas. Además, hay que destacar que el boom editorial fue una constante dentro del mundo de los viajeros.

Cabe agregar que este trabajo ha sido escasamente estudiado, siendo mencionado en los casos aludidos al principio, además de referido de forma breve por autores estadounidenses como Judith Ewell y su *Venezuela y los Estados Unidos desde el Hemisferio Monroe al Imperio del Petróleo*⁵. Esta autora lo menciona en su libro y añade algunas de las ideas que expresa el autor en *Cosas de los Estados Unidos*, como la visión sobre el Congreso estadounidense, Washington, el comercio en lugares turísticos y las mujeres. Aunque es algo muy somero, pues la obra de Ewell no tiene como centro esta temática, expresa una afirmación que nos gustaría dejar sentada aquí: “Simón Camacho reflejaba las generaciones de venezolanos que se refugiaban en la creencia de que sus propios ademanes y cepa señorial

eran superiores a los de los yanquis⁷⁶. A pesar de que no estemos del todo de acuerdo con Ewell, pues Camacho no expresa en ninguna parte de la obra una opinión tan tajante, exponemos este comentario como parte de las percepciones con respecto al autor, pues con todo y que Camacho sitúa su admiración y crítica hacia EE.UU., más bien nos acerca a la grandeza que se conjugaba en esa nación. Así también nos expone entre líneas y a veces explícitamente que parte de la culpabilidad sobre ciertos males que aquejaban al continente venían en las raíces coloniales tanto de América del Sur como la del Norte.

Además de Ewell y del caso de Frankel, quién, también adjunta valiosos datos ya referenciados, la obra de Camacho también fue analizada concisamente por Estuardo Núñez en los artículos señalados en la biografía del autor; en ellos, afirma la sutil ironía en las letras de Nazareno, además de la tendencia de la que se valía la descripción de las costumbres estadounidenses y de sus propias vivencias en suelo foráneo:

Su libro contiene valiosos aportes para el estudio de la imagen psicológica del norteamericano en la década que precede a la Guerra de Secesión. No se le ocultan ni los usos extraños ni el afán viajero en los hombres del país del Norte ni tampoco sus ansias de ganar dinero y sus exitosas realizaciones practicistas. Su información siempre se encuentra nutrida de los más sensatos sucesos de la actualidad y todo ello se vuelca en un amable conjunto de trazos siempre cordiales y nunca amargos.⁷

Finalizamos, agregando lo publicado en la *Biblioteca de Escritores venezolanos contemporáneos*, escrito en 1875 por José María Rojas, en el que su autor deja sentada su cercanía con Camacho:

Juzgado Camacho como escritor, es necesario reconocer que es notabilísimo, porque reúne todas las condiciones que se requieren para serlo: talento extraordinario, memoria inmensa, estudios incesantes, laboriosidad invencible, conocimiento de varios idiomas y sobre todo el gran arte de la vida, el arte práctico del mundo!⁸

En resumen, es este notable del siglo XIX venezolano quien nos abre las puertas a los torrentes literarios que creó en base a la compleja nación del norte. Lo que a continuación se presenta es parte medular del gran fruto que ha sobrevivido más de un siglo sin gran atención.

4. “La guerra está de moda...”

Lo que sigue, son las imágenes de la guerra que consideramos más emblemáticas dentro de los trazos que Simón Camacho describe; representativas del septentrión de su tiempo, llenas de contrastes y significaciones. La exposición de este ámbito en particular no es caprichosa, por el contrario, nace a partir de un revisión exhaustiva que arrojó los temas más referenciados por el venezolano; no es casualidad entonces, que este trabajo lo dediquemos a la trama de la guerra, coyuntura que se desarrolló mientras Camacho residía en suelo norteamericano, desplegándose antes sus ojos de esta manera, un teatro que aportaba las características y repercusiones que lo bélico tenía en los espacios políticos, económicos, sociales e incluso culturales.

Los hechos a los que hizo referencia Camacho se encuadran exclusivamente entre 1856 y 1863, fechas singulares si tomamos en cuenta que se trata de la víspera de la Guerra de Secesión estadounidense, su posterior comienzo y desarrollo hasta 1863, sin contar, a nuestro pesar, con un seguimiento del proceso en sus últimos dos años. El impacto de lo que Camacho oía y observaba por esos días se ve aumentado considerablemente cuando el arranque de la beligerancia es inminente, aprehendido esto solo al dimensionar el aumento de las notas delineadas a partir de 1861, sin contar con la fuerza de la expresión que explícita e implícitamente arrastran sus palabras.⁹

Entrando en materia y al rastrear las más antiguas referencias sobre el tema bélico en los escritos de Camacho, hallamos que antes de que feneciera el año 1859 y se estuviera a punto de dar entrada a una de las más crueles y devastadoras guerras que los Estados Unidos tendría que atravesar en su historia, Simón Camacho, en una de sus notas intitulada “la política del día”, nos vincula con lo que se decía tras la escena, en donde existía la tensión coyuntural y las habladurías no podían dejar de esparcirse aquí y allá. El venezolano en este sentido reafirmaba su perfil, su capacidad e intención de escribir solo lo que de su percepción brotaba. Es así, que en medio del frío del invierno, apuntaba:

Así nos hemos quedado todos por estas alturas desde que
la gente de seso nos amenaza con que nos vamos á desunir.
¡A Desunir! Por todos los que murieron en cuatro potros,

incluso aquel famoso Salcedo á quien un Rey francés mandó a ponernos en tan horrendo cuadrilátero! ¡A desunirnos!¹⁰

Ante este panorama en la que se articulaban los entretelones de una fatídica operación que dejaría sus huellas por la eternidad en el cuerpo político a punto de ser diseccionado, añadía su incredulidad ante lo ya inminente, pues disertaba sobre lo que implicaba una división, entendiendo la razón de la división de las herencias y bienes, pero señalando que habían desuniones que no podía concebir como la de un cuerpo y esto es un paralelo con lo que ya se aproximaba según los estudiosos en 1859:

¿Cómo nos hemos de desunir entonces? Si será que cada pierna y cada brazo eche á andar por su cuenta, y en el rumbo de los cuatro vientos, de tal caletres que cuando la derecha llegue á la China mi izquierda esté navegando para las islas del buen Rey Kamehameha (...) Vamos este es otro disparate! ¿Qué fuerza de repulsión ni que ojeriza habían de tener mis manos ahora entre si, cuando hace tantos años, que una lava á la otra, y las dos lavan la cara, á estilo de gente de ministerio?¹¹

Es decir, era imposible para él, hacer fragmentos de una nación que ya estaba establecida como tal, mostrándose por esos días incrédulo y esbozando que en esos momentos los cuestionamientos sobre la significación de dicha segmentación estaban a la orden del día, pues los periódicos hablaban sobre el tema, haciendo reiterada mención y hasta una *moda* de las palabras afines con separación, por lo cual una vecina del viajero le preguntaba una y otra vez sobre el tema, quien temía que dicha división afectaría su casa y sus objetos, una idea que pudiera estar proyectada en el estadounidense de esos días ante el temor de ver fraccionado su hogar, Estados Unidos. Entonces, ¿Existiría esa vecina preguntona realmente? O ¿Camacho quería mostrarnos lo que cualquier ciudadano de ese país podía estar divisando ante un hecho sin precedentes? No obstante, Camacho aseguraba, un tanto ingenuamente, que tal división no se llevaría a término, pues tenía averiguado según él, que con unas cuantas reparticiones de ciertos empleos no se volvería a mencionar el tema. Tal vez el escritor no alcanzaba a dimensionar por esos días la profundidad de los alegatos que orillaban en el belicismo a los norteamericanos.

Lo que si sabemos con certeza es que no pudo estar más equivocado, toda vez que la coyuntura bélica se hizo presente en la vida estadounidense y, al estar en dicha nación, pudo precisar ciertas observaciones vinculadas a circunstancias moldeadas profundamente por la guerra que unionistas y separatistas mantenían para imponer sus respectivas ideas. “La guerra está de moda” aducía Nazareno desde el lugar donde sopesaba sus letras ya en el período bélico, al vislumbrar que hasta en la más íntima cotidianidad de los hogares estadounidenses, pequeños y adultos, proyectaban un fervor casi indescriptible por las batallas, estrategias y, en general, por todos los componentes de la guerra. Este entusiasmo se exteriorizó con el calor de las conversaciones diarias que, mientras antaño trataron de la ópera y entretenimiento, pasaron a mantener al calor de la coyuntura, las discusiones sobre la actualidad de la guerra, lo que podría catalogarse como un momento de agitación nacionalista.

Con todo y según Camacho, no solo se manifestaron receptivos con la tan importante situación bélica, pues los estadounidenses tenían una atracción por las armas desde antes de la guerra, es más, desde su raíz independentista, y como un elemento de uso cotidiano para su protección. Al respecto escribe Camacho, quien en medio de un tren y tras dejar olvidado, a propósito, una canastilla con comida que llevaba, dice:

Para ruborizarme más un imprudente me llamó la atención sobre el olvido. No sé como no le maté con mi cuchillo de monte que llevaba sobre el malentín. No extrañes esto del cuchillo. Tengo entendido que aquí todos usan *revolver* en los bolsillos y me pareció mas expedito y más leal llevar mi arma defensiva á la vista de todos¹².

También destaca dentro de este comentario, además del uso del arma generalmente, el gesto o la actuación de mostrar al público que la persona se encontraba armada, hecho que denotaba una reafirmación de poder y a la vez de protección, de una sociedad en la que la violencia y la imponencia parecían ser parte de la cotidianidad. De hecho, este elemento del imaginario del Norte tenía respaldo legal, pues tal como lo dice la II enmienda de la *Carta de derechos*: “Por ser necesaria

para la seguridad de un Estado libre una milicia bien regulada, no se restringirá el derecho del pueblo a poseer y portar armas”¹³.

Por otra parte, hay que añadir que se encontraba dicho impase bélico absolutamente presente en los juegos y efusividades de los infantes, quienes hacían su propia versión de los acontecimientos en los campos de confrontación y erigían entonces una “guerra chiquita”, con la indumentaria de uno u otro bando, redoblando los tambores como muestra de su efervescencia militar, recibiendo los juguetes en boga, que no eran otros que los capitanes de los frentes militares en pugna, sus colores y herramientas de lucha (fusiles con bayonetas, cañones con balas de madera y hasta las representaciones de ciertas tomas). En palabras del propio Nazareno:

En fin de todo, veo a Nueva York, y, *ad exemplum regis*, todas las ciudades del Norte convertidas en escuela militares para niños de corta edad, como si la generación presente se hubiese convencido de que el militarismo hará fortuna en el país, o de que la presente guerra durará lo bastante hasta a esperar a los párvulos; y pienso con dolor que las primeras ideas se incrustan en la inteligencia, y echan en ella raíces que no mueren sino con ella. Involuntariamente se me ocurre que el Congreso de la Paz tiene razón en sancionar como base constitutiva de su establecimiento y objeto importante de sus trabajos el ordenamiento capital de que á los niños no se les permita diversión con armas verdaderas ni fingidas para que no se les indice la mente á ideas de guerra.¹⁴

Cabe agregar que el regalo a coetáneos o los infantes hijos de estos, en una época tan particular como la navidad, y en específico para la Nochebuena del año 1861, tenía tintes que sin duda es inevitable reproducir aquí como el autor lo escribiera en su momento. En la época de aires bélicos y quebrantamiento de estados, tendencias políticas y efervescencias, era improbable impedir que la situación se permeara hasta en los espacios más privados como ya lo hemos reseñado. Por ejemplo, Camacho no pudo evitar que esto sucediera en su hogar, pues su esposa Sofia, compraba a sus chiquillos los objetos representativos del conflicto, aun estando la misma asombrada por los

rasgos aparentes de lo que representaba una guerra, significativo esto si tenemos en cuenta los alcances de tales ademanes en la conciencia de los futuros hombres de la nación norteaña, ¿Será que las madres y padres desconocían o no dimensionaban el alcance de la guerra? ¿Era una simple efusividad patriótica? ¿Estaría la guerra ya plenamente representada dentro de las ideas del estadounidense? Cuestionamientos que aún siendo complejos son inexorables ante estas situaciones que trascienden al imaginario, pues como asevera nuestro autor: “Así se pervierten las ideas, así empiezan los pueblos á cambiar la base salvadora de su felicidad: así..... (...) Ren-ten-ten! Ren-ten-ten!”.¹⁵

Por otra parte, en algunas áreas como Indiana, la guerra se permeaba en otras esferas, pues las jóvenes en edad para casarse no lo hacían si el pretendiente no estaba alistado para combatir, toda vez que la lealtad a la nación fragmentada en dos grandes bandos era requisito hasta para asegurarse un lazo nupcial.

Otros escenarios en el año 1861 produjeron aseveraciones a propósito de la celebración de fechas como el 04 de julio, conmemoración de la independencia norteamericana, en la que el venezolano expresó lo siguiente: “da tristeza pensar en lo que ha venido a parar la revolución más brillante del siglo. ¿Quién creyera que a tal fin hubiese de llegar”¹⁶. Estas descripciones y afirmaciones no eran otras que las de un hombre en un país con tensiones arrolladoras de la guerra; verbigracia, tenemos algunas de sus reacciones y vivencias, vinculaciones entre lo visto y vivido en su descripción de una conversación con un conocido, en la que se evidencia su incomodidad al hablar sobre temas políticos con un nacional, y se declara neutral a lo que el otro personaje le responde con una vehemencia que no se relacionaba con la persona apacible y seria que él conocía, añadiendo nuestro autor que ese tipo de actitudes se podían observar en muchas más personas llevadas por el fanatismo del momento:

Mi vecino es un hombre excelente; buen padre de familia, comerciante honrado, intachable en su conducta. Ahora le ha dado por la política y padece fiebre, á veces intermitente, á veces remitente. La sogá es la mejor medicina que en su concepto puede aplicárseles a los traidores y á los sospechosos. El, que

no mataría un pollo sin estremecerse á la vista de la sangre, la demarraría sin tasa para conservar la unión. (...) Pues así como mi vecino hay en la Union muchos convertidos cuyo esceso de amor al gobierno trasciende en todo lo que hacen y dicen. Hombre peligrosos por su fanatismo, capaces de hacer daño por salvar el prestigio del país y cuyos consejos dan á la autoridad una tirantez nerviosa que por todo atropella, pensando que la apoya el pueblo hasta en sus medidas mas estremas.¹⁷

Es así que esta guerra *por materia de colores* había convertido al más apaciguado en un extremista y fanático, al neutral, siendo aún extranjero, en la figura de un espía y traidor, además de posible huésped del Fuerte Lafayette, llamado por la prensa de ese tiempo “Hotel Lincoln”¹⁸; en este contexto, la libertad de expresión bajo amenaza, miraba para todos los extremos para visualizar si tenía paso seguro, o por el contrario, el ojo gubernamental la seguía para hacerla presa por sus indiscreciones¹⁹. Con este tipo de proceder contra los hombres con cualquier viso de actitud extraña, la esposa de Camacho le sugirió que usase enaguas hasta el final de la guerra, un gesto que hace referencia a la concepción de la mujer salvaguardada de tales embates, pero que según Camacho en tono un tanto burlón, no le haría pasar desapercibido por no poseer el garbo necesario para disimular lo suficiente, además de no hacer falta tal proceder pues ni las faldas tenían salvación por esos días, haciendo alusión al caso de unas damas que fueron apresadas en la capital estadounidense por poseer un mapa militar, material de guerra.

Y es que la guerra fue la ópera de esos días y el teatro que más público atraía. De esta forma escribió lo siguiente desde Nueva York, el 29 de agosto de 1861:

Estamos en guerra con nosotros mismos, guerra de familia, en la que dos puntos cardinales se combaten por la supremacía y forman una especie de huracán de las Antillas. Los elementos que no son destructores son destruidos. Por eso todos quieren ser destructores, porque “mejor es ser gato que ratón”. El instinto ha inspirado esa verdad a los unionistas del día después, que ayer eran demócratas puros y hacían la guerra a

los republicanos en nombre del principio conservador; hoy son partidarios del “gobierno con razón o sin ella,” y no transigen con nadie que no esté con la guerra á todo trance. “Ser ó no ser,” es su lema. Pero como los tales recuerdan que su improvisada política tiene antecedentes muy distintos, quizá contrarios á la actualidad, suplen con el exceso de celo cuanto los demás pudieran tacharles en la vida pasada. No hay peor moro que un cristiano renegado, ni mas terribles lincolnistas que los amigos que combatieron al “rey de los rajatablas”.²⁰

Crítica posición, aún más impactante cuando Camacho nos esboza las que cree las causas del conflicto:

Preguntaba V. hace nada los orígenes de esta tremenda revolución que atravesamos. Piense V. un poco en la degeneración social y añada las consideraciones fáciles de comprender que de ella se desprenden a las causas políticas que han venido desarrollándose de veinte o treinta años acá, y le será preciso concluir que la revolución ha sido tan necesaria como la explosión de una caldera gastada en algunos de sus fondos, al impulso de la presión del vapor. La revolución, si no se prolonga demasiado, regenerará la sociedad; si se prolonga, Dios nos considere con ojos de misericordia.²¹

Asimismo, el ambiente bélico dentro de la mayoría de los espacios que conforman a este país del Norte, como era de esperarse, afectó también a su capital y es por eso que Washington estaba detenida en 1861 y este venezolano en Nueva York nos reseña actuaciones un tanto controversiales del gabinete ministerial del gobierno de Estados Unidos en tiempos de guerra, en las que como ejemplos puntuales se nos señala al Ministro de Estado, quien debatía sobre avatares electorales en lugar de atender la beligerancia en proceso o al Ministro de Guerra y su idea de tomarse un descanso mientras su nación reñía entre la unidad o la separación forzosa. Pero esto no quedaba allí, otros ministros como el de Correo y el de Exterior son blancos de las críticas de nuestro corresponsal por sus desmesuradas actuaciones, pues no contentos con intervenir y suspender toda correspondencia extraña o sospechosa, trataban

de imponer al mundo su verdad y esta no era otra que la de una nación de la mano con su único gobierno. Estas notas nos dejan entrever la contradicción que para Simón llegó a representar el país en el que habitaba, pues de un lado tenía a la nación y ciudadanía con su inviolable libertad individual y del otro, a un gobierno que vociferaba su tendencia democrática mientras quebrantaba regular y reiteradamente los límites de la privacidad de su pueblo, irrespetando además, la postura de los sectores internos y externos que se manifestaban contrarios a sus designios.

Igualmente, agregamos un señalamiento del venezolano en el que dejó danzar su pluma sobre el papel para dar luz sobre cómo los que otrora lucharon por obtener la ciudadanía posteriormente se escabullían entre las fronteras con Canadá, tramitando, bajo diferentes medios lícitos e ilícitos, un pase de exención que los llevaría a la tranquilidad de la inhabilitación para entrar en la conflagración. Simultánea y paulatinamente, la grandeza del patriotismo, o del sentimiento patriótico, parecía desaparecer, quedando en evidencia por las ansias de papeles de certificación de extranjería de parte de los nacionalizados que inmigraron antaño de una Latinoamérica en llamas o por el pánico que provocaba que se desdibujara el sentido de pertenencia de los propios norteamericanos hacia un proceso que definiría su histórico camino. La emoción por la unión o desunión, como vemos, duró poco. Al principio la identificación, según Camacho, absorbía a todos los que caminaban por esas calles norteñas; sin embargo, cuando la guerra tocó literalmente la puerta, no faltaron las razones para desvincularse de forma inmediata de los redobles que llevaban directamente al socavón. Camacho puso en evidencia lo suscrito a través de lo enunciado a continuación:

Españoles, ingleses, franceses, griegos, armenios, chinos, japoneses, y de todas las naciones del mundo que tiene representación en la metrópoli, andaban a casa de nacionalidad, registrando sus genealogías, la fecha de arribo a esta plaza y otras mil cosas que nadie recuerda sino cuando las necesita.²²

Así también afirma: “Cada irlandés de los innumerables de esta tierra de Ora pro nobis, quería su pasaporte como prueba de ciudadano,

y no sirvió de óbice el haber alzado los precios de los pasaportes²³. La “patria de los emigrados, la tierra de la libertad e independencia” había obtenido esa respuesta por parte de los hijos propios y adoptados al solicitar su presencia en batalla.

No obstante, el gobierno no se quedó con los brazos cruzados. Para sortear y enfrentar a los escurrizos reclutas, se estableció en las fronteras y embajadas guardia pretoriana, vigilándose a la par por funcionarios principales. Esta medida fue respaldada con la decisión de Mr. Seward de instaurar por primera vez los pasaportes como medida de guerra, para evitar que se fugaran todos los posibles quintos, dejando ir a los que cumplieran con ciertas condiciones: ser mujer, niño, anciano, impedido, extranjero, estudiante, maestro, bombero; lo particular de este escenario es que se incrementaron las matrículas en las escuelas, queriendo no pocos, también hacerse pasar por enfermos, fracasando muchos en sus intentos de legitimar sus escapatorias.

Es así como este tiempo, que Nazareno bautiza como una “época de transformación política”, no tenía a ciudadanos batallando para ser voluntarios por la patria, sino a remunerados que conseguían dos pesos por cada alistado dentro de esta lucha o a reclutados del Norte por “La Quinta ley de alistamiento voluntario o conscripción”, para suprimir a los del Sur y a la que se opusieron, según el escritor, los políticos, porque cada vecino alistado era un voto perdido para las futuras elecciones en donde podía figurar²⁴. A pesar de lo dicho, las filas estaban llenas, lo que pudo implicar dos ideas, la primera involucraría que los patriotas fueron más que los espantados o, en segunda instancia, que el alistamiento y la persecución de las autoridades fueron efectivas, siendo lo más probable que se sorteara con más éxito el segundo ítem. Lo que sí es certero es que para esos últimos meses de 1862, el viajero contemplaba el conflicto como si fuese a durar mucho tiempo, con la probabilidad de que en la metrópoli solo quedarán niños, mujeres y exentos, lo que nos da una idea de lo cruenta de la lucha que se gestaba en esos momentos.

Ahora, por otra parte, creemos pertinente presentar al Camacho que escribe sobre su identificación con uno de los bandos en pugna:

Entendámonos. Quiero hacer ante todo mi profesión de fé política, porque estamos en época de política, de profesiones

y principalmente de fé. ¿Sin esa luz y conocimiento con que sin ver creemos, quien se atreviera á creerlo que está viendo? Yo soy unionista. Siempre me pareció más juicioso unir que desunir. (...) Tengo fé, porque á nadie han quemado hasta ahora sino por no tenerla. Soy unionista. Tengo fe en la Union, cosa que todos ven, por mucho que no todas la crean. Digo que soy unionista á carta cabal, á puño cerrado, con tanta fuerza que el mismo general Pope no esperaría al final de la guerra para pagarme mis bienes, si yo los tuviese y si los dejase en el camino de sus tropas que han de vivir del país que defienden. Soy unionista puro y opino que todo el que no lo sea sufra las penas de confiscación, expropiación, abolición, deportación y colonización con sus demás ones en algún punto ancho y barato de América del Sur.²⁵

Era entonces un viajero y político, incluso un latinoamericano que se asumía como un ciudadano estadounidense más, con sus concepciones y posiciones claras e irrestrictas, en medio de una guerra fatídica.²⁶

Sin embargo, la guerra no solo quedó allí. Además del campo de batalla, la política y la reacción cotidiana de los estadounidenses y extranjeros, elementos como los económicos no dejaron de manifestar las consecuencias que conllevaban la entrada a un inestable escenario de adversarios unionistas y separatistas. En tal sentido, en apartados como “El Vuelto y El suelto o menudo N° 2”, se hace alusión al cambio registrado en la emisión de moneda nacional; siendo destacada la abundancia habida de oro en 1860, mientras se burlaban de los *shinplasters* o papel moneda: “decíamos de los *shinplasers* cuanto se nos venía a la boca para que se hiciese agua de los que veían a la calle de Wall —ese mostrador de Nueva York— repicando con onzas de oro las victorias del Sudoeste y de Manasas”²⁷. Pero 1861 mostró otro escenario, el oro era escaso —la guerra probablemente había propiciado esta situación—, difundiéndose en ese mismo año una nueva emisión de billetes, y el papel verde “como la esperanza” proliferaba por las calles, con los rostros de Lincoln y el General Scott. Después, al igual que el oro, fue fugándose poco a poco la plata, y es así que:

El cobre villano ha tomado también el portante; que para las clases bajas no hay nada peor que el mal ejemplo. Y hete á Nueva York despierta, madrugando, sin tener *materialmente* con que mandar al mercado. (...) Tenia V. uno ó mas bustos de la Libertad teñida de verde; pero con eso y con todo el influjo de la soberana del mundo no salía V. de apuros. O se comia V. cinco duros de pan —lo cual seria empresa de indigestión ó de un mes de plazo, ahora que la mitad de la Union no consume el trigo de la otra mitad— ó se quedaba V. en ayunas por falta de monedas para comprar la ración de un día. En medio de los calores del estio no se encontraba yankee bastante especulador que tuviese la caridad de darle a V. un vaso de soda á la crema ó con jarabe de fresas, si había de cambiar para ello un Lincoln de 5 pesos ó un Scott de 20.²⁸

Con este fragmento podemos percibir el impacto que en 1862 ya iba teniendo el peso de la guerra. Una economía con rasgos inestables, en los que se estaban implementando alternativas frente a la desaparición paulatina del elemento que era normalmente el centro de las transacciones. Por otra parte, esta misma dificultad más la de estar enfrentados a la zona agrícola de la Unión, produjo escasez de alimentos.

La plata además de ir desapareciendo, se encarecía, mientras el telégrafo se fundía por las habladurías que iban y venían según el viajero. A pesar de esto, se trataba de restablecer el orden económico existente antes de la guerra y se implementaron ideas como la del papel moneda o incluso el Congreso declaró la utilización de los sellos de correos como “moneda legal o forzosa”, además del manejo de pagarés o vales por comida, en este sentido, estas medidas se convirtieron en “el vuelto o cambio” que la población empezó a implementar para sustentarse.

En agosto de 1862 Simón Camacho nos contaba que la situación económica era cruenta, “hoy nadie tiene medio en el bolsillo”. Los préstamos o “suelos” como se les llamaba, eran facilitados solo en grandes proporciones, de hecho, Camacho señaló que el gobierno tomaba prestados de a 3 o 4 millones por día, sin saberse de dónde,

“pero lo cierto es que de alguna parte salen²⁹”, de lo que inferimos el estado de corrupción latente, el aminoramiento de los recursos, así como la agudización belicista. Asimismo, los extranjeros que debían canjear su oro por papel moneda sin valor se quejaban a más no poder: “Si él [el oro] es el nervio de la guerra, ¿cómo no se ha de espantar de ver sus propias obras? (...) Mas la peor obra de la nueva moneda consiste en el demerito, en el menos valer, en la perdida que hace sufrir³⁰”.

Por otra parte, tenemos como último elemento, el entretenimiento durante la coyuntura bélica, en donde se presentaba la sustitución paulatina de la ópera y las puestas en escenas fastuosas por otro tipo de entretenimiento en 1862. Un ejemplo de estos espectáculos durante la guerra, es el siguiente:

Llegamos al teatro Bryant. Allí trabaja una compañía de “artistas” mistrels ó ministriles, cuyo objeto es imitar las costumbres, los modales y el idioma de los africanos del Sur. El teatro está más atestado de gente que la academia y que el de Wallack. Prueba de que el género gusta al público, y si no basta, ahí están seis y ocho salones con bastidores, llamados teatros, en los que se repiten las mismas escenas. Todos ellos están llenos.³¹

A pesar de esto, en el mismo año y producto de lo que pareciera el agudizamiento del conflicto, los eventos de entretenimiento bajaron su frecuencia; por otro lado, prácticas no tan avaladas públicamente como el boxeo y las peleas de animales siguieron desarrollándose. Así también, se seguían generando enlaces matrimoniales, pues aún en guerra, la sociedad no dejaba de movilizarse.

4. Consideraciones finales

Simón Camacho fue uno de los escritores venezolanos que aportó una visión acerca de los Estados Unidos decimonónicos, o al menos de algunos de sus espacios y expresiones sociales. Vio a la guerra desde la transformación de su cotidianidad, desentrañando con detenimiento y audacia cada una de las panorámicas que se le

presentaban. Este EE.UU. que Nazareno experimentó, se representó no desde una alejada y superficial perspectiva, sino a partir de una identificación que lo hizo partícipe de lo estadounidense como propio, sin dejar de lado su raíz venezolana. El lienzo que creó sobre Norteamérica, llegó a nosotros como parte de un legado que contiene trazos ingenuos en algunas ocasiones, críticos en otras, variados y llenos de contrastes en su totalidad, y que sin duda alguna requieren la continuidad en su estudio.

Así, lo aquí exhibido, solo representa una parte del análisis que sobre su obra se ha venido realizando, esperando su continuidad y difusión, componentes inherentes al trabajo histórico para que este tipo de fuentes no vuelva a las sombras en las que descansan lastimosamente muchos documentos y obras, imprescindibles para entender el proceso histórico en sus diferentes variantes y acepciones.

Notas

- ¹ Es imprescindible mencionar los autores y textos que han enfocado un espacio de sus escritos para darnos una misiva sobre el viaje mismo que fue la vida de nuestro escritor; en este sentido podemos mencionar primeramente reseñas sobre nuestro autor en textos de carácter global como las presentes en las siguientes obras: *Diccionario de Historia de Venezuela*, *Quienes escriben en Venezuela*, *Diccionario de escritores venezolanos (siglos XVIII a XXI)*, *Diccionario General de la Literatura Venezolana (autores)*, *Diccionario General de la Literatura Venezolana* (Tomo I), y en la *Biblioteca de Escritores venezolanos contemporáneos*. Agregamos igualmente en esta lista a Mariano Picón Salas, quien en una compilación de textos, inserta un artículo realizado por Camacho llamado *El matrimonio en los Estados Unidos*; asimismo, incluimos la obra *Ensayos y polémicas literarias venezolanas 1830-1869* de Mirla Alcibiades, en la que está presente *Análisis del canto a Junín por J. J. Olmedo* escrito por Simón Camacho. Sin embargo, consideramos que el análisis más completo sobre el venezolano, fue el perfilado en tres artículos por Estuardo Núñez en el *Papel Literario de El Nacional*, en el que plasma parte de la vida, obra y formas literarias de Simón Camacho; aunque, conviene agregar que existe un volumen escrito por el mismo Núñez, que desarrolla la vida de Simón y su hermano Juan Vicente en el Perú, llamado *Juan Vicente*

y *Simón Camacho en el Perú*, siendo casi imposible acceder al mismo por no encontrarse un ejemplar en Venezuela.

- ² Benjamín Frankel, *Venezuela y los Estados Unidos, 1810-1888*. Caracas, Fundación John Boulton, 1977., p. 132.
- ³ Simón Camacho, *Cosas de los Estados Unidos*. Nueva York, Imprenta de El Porvenir, 1864. Versión digital, formato PDF. Extraído el 12 de Enero de 2012 desde: http://books.google.co.ve/books?id=HwwzKx_laz0C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false.
- ⁴ No obstante el nombre real del autor queda registrado porque el ejemplar fue regalado a un amigo suyo llamado “Carlos”, firmando después el autor su nombre completo para consumir el obsequio. Este volumen al que hemos tenido acceso posteriormente, llegó a ser posesión de Harvard College Library no sabemos cómo, en febrero de 1914, siendo después publicado vía web como parte de un programa que se encarga de facilitar el acceso al público de obras con derechos de autor vencidos o inexistentes.
- ⁵ Judith Ewell, *Venezuela y los Estados Unidos Desde el Hemisferio Monroe al Imperio del petróleo*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1999.
- ⁶ Judith Ewell, *Ob. Cit.*, p. 58.
- ⁷ Estuardo Núñez, “La trayectoria Continental de Simón Camacho”. En: *Papel Literario de El Nacional*. Caracas, 6 de marzo de 1958, p. 3 y p. 6.
- ⁸ José María Rojas, *Biblioteca de Escritores venezolanos contemporáneos*. Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal, 1975, p. 663.
- ⁹ El autor además de plasmar su experiencia y observaciones, se nutría continuamente de lo que se publicaba en la prensa nacional y extranjera, añadiendo también, a modo decorativo y como un ingrediente más argumentativo, citas que dependían del tema; así por ejemplo, hablando de amor, citó a Jules Michelet; por otra parte, también hizo mención de Alejandro Dumas, del Quijote de Cervantes, y hasta de la constitución de los Estados Unidos, en correspondencia con un apartado en el que refería detalles de la guerra y los modus políticos.
- ¹⁰ Simón Camacho, *Ob. Cit.*, p. 123. Es oportuno agregar, que en adelante las citas del autor, se presentarán en su grafía original, es decir, tal y como aparece plasmada en su obra.
- ¹¹ *Ibidem.*, p. 124.

- ¹² *Ibidem.*, p. 21.
- ¹³ Embajada de los Estados Unidos de América, “Los fundamentos de la Libertad, Carta de Derechos”. *Departamento de Estado de los Estados Unidos, Dirección de Programas Informativos Internacionales*, p.1. Extraído el 17 de Septiembre de 2013 desde: <http://photos.state.gov/libraries/adana/30145/publications-other-lang/SPANISH.pdf>.
- ¹⁴ *Ibidem.*, p. 161.
- ¹⁵ *Ibidem.*, p. 162.
- ¹⁶ *Ibidem.*, p. 174.
- ¹⁷ *Ibidem.*, p. 178.
- ¹⁸ Con tono irónico y sarcástico Camacho nos dice la ubicación de tan particular lugar: “El Hotel Lincoln ocupa una posición excepcional y privativa, sobre todo en el actual estación de calor, porque está situado en un islote en medio de la bahía y muy inmediato á Staten Island, cuya salubridad es tan proverbial que por ellos colocó allí nuestro municipio su cuarentena. La intermediación á la Isla del Estado ha hecho decir al publico que la prisión del castillo es una prisión de Estado; pero no hay tal, pues simple y verdaderamente es una prisión militar en la que se atiende con tanto esmero á la salud de los huéspedes como pudiera en la misma cuarentena, y mas aun, pues no se les permite leer los periódicos “por temor de que se calienten la cabeza.” Admirable galantería del oficial de guardia.” p. 179. Era entonces una especie de cárcel en donde el gobierno depositaba a todo aquel sospechoso o ratificado contrario.
- ¹⁹ Esta aseveración de Camacho puede ser respaldada con lo dicho por el historiador Jorge Cárdenas: “Lincoln, como jefe de una nación en guerra, había suprimido derechos constitucionales como la libertad de palabra, y el de habeas corpus. Cuántos revoltosos fueron inconstitucionalmente encerrados en las cárceles, no se sabrá nunca, pero fueron muchos sin duda.”. En: Jorge Cárdenas, *Historia de los Estados Unidos*. Nueva york, Editora Moderna, 1970, p. 220.
- ²⁰ Camacho adjunta al pie el porqué de ese sobrenombre dado al presidente estadounidense, al respecto dice: “*Rail splitter*- nombre dado á Mr. Lincoln, porque antes de ser Presidente tenía un molino de aserrar tablas”, p. 177.

²¹ Simón Camacho, *Ob. Cit.*, p. 239.

²² *Ibidem.*, p. 286.

²³ *Ibidem.*, p. 287.

²⁴ A pesar de este tipo de variantes, en los que se reclutaba por fuerza o compensación monetaria a nacionales y extranjeros nacionalizados, las huidizas maniobras de muchos hombres y demás, Camacho cuenta que hubo casos en los que se descubrió que mujeres habían incursionado en las filas, para una muestra un botón escritor de una forma un tanto humorística y con el toque burlesco con respecto a la mujer: “En la compañía en que él [Teniente Leach] servía se ha descubierto una muchacha que sentó plaza en Lewiston y se ha batido en los últimos tres meses cuantas ocasiones ha sido preciso. Todos sus camaradas querían mucho al soldadito porque hacia muy bien el puchero y pegaba botones y surcía como una profesora. Pero al único ojo del teniente cojo no podía ocultársele una mujer. ¿Cómo se figuran Uds que la descubrió? - ¿Por el pelo? Lo tenía cortado. – Por las formas arrondies? Vestía pantalón de zua que lleva mas pliegues que un fustán. – Por el pie? Era patona. – Por la voz? Era contralto. – Por qué entonces? Porque trató de sacarse los pantalones por encima de la cabeza”, *Ibidem.*, p. 251.

²⁵ *Ibidem.*, p. 259.

²⁶ Sobre el tema de la Guerra de secesión, véase, Samuel Eliot Morison, Henry S. Commager y William E. Leuchtenburg, *Breve historia de los Estados Unidos*. México, Fondo de Cultura Económica, 2013.

²⁷ Simón Camacho, *Ob. Cit.*, p. 260.

²⁸ *Ibidem.*, p. 121.

²⁹ *Ibidem.*, p. 266.

³⁰ *Ibidem.*, p. 269.

³¹ *Ibidem.*, p. 240.